

Willis J. Ray

Un hombre de fe

A los bautistas del sur del estado de Arizona de la vieja guardia les resulta difícil no emocionarse cuando alguien menciona a Willis J. Ray. Es para ellos algo así como George Washington para los norteamericanos en general... el padre de su convención estatal, por así decirlo.

Si ese título no suena muy bien, en fin, no importa, porque el Dr. Ray no hacía su obra para recibir ningún honor. Cualquiera fuera la fama que adquiriría surgía espontáneamente; porque el Dr. Ray estaba... siempre ocupado en hacer la obra del Señor.

Ayudó a organizar todo en el principio, fue un ocupante pionero de la silla del director ejecutivo (aunque, siendo el Dr. Ray, se sentaba lo menos posible), dio a docenas de iglesias recién nacidas sus centavos y oraciones y los empujones necesarios (suaves y no tan suaves). Luchó hasta dar vida al Grand Canyon College, y dio las bendiciones administrativas iniciales a lo que llegó a ser los Servicios para Niños de los Bautistas de Arizona.

Pero, sobre todo, marcó la pauta.

Sencilla, directa, constantemente, predicó el evangelio del evangelismo. El quehacer de los bautistas es las iglesias, creía, y el quehacer de las iglesias es las almas. Dio su vida a esas prioridades, y las grabó en el corazón de los bautistas del sur del estado de Arizona.

En su trayectoria, dejó su marca indeleble en docenas de iglesias a lo largo y ancho del Oeste, y fue un factor principal en el desarrollo de la obra bautista en Colorado, Idaho, Montana, Nebraska, Dakota del Sur y del Norte, Utah y Wyoming.

No tan mal para un muchacho campesino de Kansas. Nacido en Kansas en 1896, el hermano Ray empezó siendo un muchacho de campo que contrajo matrimonio con Ida, el amor de su niñez, y que se había propuesto ganarse la vida trabajando el campo. Pero esto no dio resultado. Tres malas cosechas consecutivas lo convencieron de que Dios tenía otros campos para que arara. Seis años y muchos empleos después, estaba alcanzando la prosperidad pero distaba de sentir contentamiento; en cambio, se sentía acosado por la intranquilidad. Durante 13 años resistió una convicción interior de que el Señor lo estaba llamando para predicar. Cierta domingo, teniendo casi 31 años, Willis J. Ray respondió al llamado.

Durante 17 años recorrió el estado de Texas en la era de la Depresión, pastoreando iglesias en ciudades y en el campo, grandes y chicas, afinando sus habilidades como líder misionero en las regiones de Big Springs y San Antonio. Se compró una casa por \$35, andaba en un auto de \$100 y mantuvo a su esposa y sus hijos con \$40 por mes. Aprendió a confiar en Dios para que le proveyera dinero para alimentos, gasolina y para financiar las iglesias; adquirió discernimiento en cuanto a los caminos de Dios y del hombre, y

llegó a ser conocido como alguien digno de confianza que no perdía el tiempo en tonterías. La gente decía que se podía contar con él.

Sus amigos le escribían desde lugares más hacia el oeste, llenos de historias de la naciente obra bautista en los desiertos y oasis de Arizona. ¿Por qué no venía a ver por sí mismo? No, escribía en respuesta. Había bastante que hacer en Texas.

Las cartas seguían llegando. Los ojos del ex granjero se tornaron lentamente a un nuevo campo. Y, en el ardiente verano de 1944, la familia Ray empacó sus cosas y emprendió un nuevo rumbo. Después de que el auto se les descompusiera tres veces, llegaron a Phoenix un día de julio, cuando la temperatura llegaba a 117 grados Fahrenheit.

“Creo que nos hemos equivocado de lugar”, dijo Ida.

La Convención Bautista General de Arizona en aquel entonces consistía de 25 iglesias en su mayoría pequeñas. Doce años después, cuando partieron los hermanos Ray, había más de 200 congregaciones –y siete veces la cantidad de almas que se contaban entre los bautistas del sur. Otros nueve estados formaron equipos con iglesias patrocinadas por Arizona. Nadie sabe cuántas vidas alrededor del mundo han sido influenciadas indirectamente por él.

Resultados como esos tienden a marcar al líder como un “hombre de visión”. La visión del Dr. Ray era extraordinariamente 20-20.

“Nunca pastoreé una iglesia sin pedirle que diera el 20 por ciento a la obra misionera y que pagara ese cheque antes de emitir ningún otro”, decía el Dr. Ray. “Cristo murió por el mundo, no sólo por un campo local. En cada lugar donde he estado, le he pedido a la iglesia o a la convención que pusiera su vista en el mundo entero.”

El Señor coronó de éxito su obra, y el éxito dio lugar a la leyenda. La gente se maravillaba ante la generosidad de un hombre que había vendido su auto y su casa para mantener a flote una universidad...

... ante el estilo práctico con que escribía en un trozo de papel borrador notas de préstamo de mil dólares a iglesias nuevas y sin medios... ...ante la inteligencia aguda con que atraía a hombres dotados a un servicio desconocido y conseguía en los momentos precisos los medios para saldar las deudas de la obra en el desierto... ...ante las oraciones de un justo cuya fe se regocijaba en las bendiciones de Dios mucho antes de que Dios las enviara.

Se jubiló en 1962. En los 30 años subsiguientes, mientras sin pausa seguía viviendo y trabajando y orando, los recuerdos se fueron desvaneciendo y adquirieron un tono color de rosa, y las leyendas echaron raíces. El Dr. Ray, llegó a ser, para las nuevas generaciones, un anciano sabio en una foto de un ejemplar de Baptist Beacon, o el nombre en un edificio o una placa.

Cuando falleció en el mes de diciembre de 1992, cientos de personas se reunieron en su iglesia en Payson, cercana a la universidad en Phoenix. Pastores y líderes denominacionales de todo el Oeste hicieron una pausa para honrar al granjero fracasado que había arado la tierra virgen de almas durante casi un siglo.

“Era”, dice uno de los muchos herederos de su legado, “un místico – un hombre que creía que algo iba a suceder sin tener idea de cómo sucedería”.

Quizá sea así. Desde el punto de vista, 50 años después, la mayoría de nosotros consideramos a hombres como el Dr. Ray (y había muchos como él) inspiradores, al igual que... singulares. Las personas a quienes sirvieron... los obstáculos que tuvieron que encarar... las sumas por las cuales se preocupaban, son páginas amarillentas en los archivos que van quedando relegados, olvidados por la memoria inconstante y lo inexorable del correr del tiempo.

Pero el legado ganado con mucho esfuerzo por el Dr. Ray vive. El legado sencillo de un hombre sencillo, nada distinto a otros hombres. El ejemplo silencioso de un hombre que creía en su Dios.

Citas:

“Se han referido a mí como un hombre de fe –no creo serlo”.

“Lo que hice, no lo hice para hacer historia. Lo hice porque era algo que había que hacer”.

“Mi filosofía siempre ha sido ocuparme de los negocios del Señor si el se ocupaba de los míos”.

“No quería venir a Arizona pero pensé que si otros podían vivir aquí, yo también podía...”

“Sencillamente confiaba que lo que necesitaba hacerse, Dios podía hacerlo”.

Soy muy limitado en lo que a mi personalidad se refiere. No soy buen mozo como muchos hombres. No soy orador. He tenido que dejar que el Señor usara lo que soy. Por eso, quiero ser recordado sencillamente como un humilde siervo del Señor.”